



## La isla de los leprósos

Siémpre se había seguido el mismo procedimiénto.

Los comerciántes se aproximában a la isla, ponían en un bóte tódo lo que ántes les habíamos pedído o lo que deseában vendér. Luégo ésta bárca que estába atáda con úna cuérda a úno de sus bárcos, la dejában que se acercára hásta la pláya arrastráda por las ólas.

Nosótro nos acercábamos, mirábamos su contenido y en el cáso de que la distáncia éntre bárco y pláya fuése muy gránde y no pudiésemos hablárnos, observábamos las dos gránde cónchas con piédras que nos indicában cuántas pérlas y madreperlas deseában por lo que había en el bóte.

Si no había discusión, (pocas veces la había), retirábamos la mercancía, poníamos las perlas solicitadas y ellos tirando del bote lo recuperaban.

En el caso de que algo del material no lo quisiésemos o no era lo deseado, lo mostrábamos y lo poníamos como rechazado en la parte posterior. Si el precio nos parecía elevado, (algunas veces lo hacíamos para mostrar que no podían estar subiendo contantemente los precios), poníamos piedras sobre la arena, indicando nuestra contraoferta. Casi nunca teníamos problemas ya que nosotros necesitábamos lo que nos traían y normalmente podíamos pagarlo con las perlas (o no lo hubiésemos pedido ya que nada nos fiaban), y a ellos no les iba muy bien el tener que regresar con todo el material traído para comerciar y con el que se habían desplazado una distancia considerable.

Antes de partir, ponían todo el pago en unas ollas con algún líquido, lavaban las perlas y arrojaban el agua restante al mar. Secaban las perlas con unos trapos que también tiraban y hacían arder la barca si les habíamos devuelto mucho material tocado (según ellos contaminado) y no nos lo obsequiaban, para no darnos material no pagado. Algunas veces nos regalaban el bote cuando no había nada que quemar. No, no

ocultában pára náda el ásko que les dábamos, ni disimulában cuando estában muy cérca al realizár éste procéso.

Como no aceptában que escribiésemos lo deseádo, ya que no querían tocár nuéstro papél, pedíamos las cósas especiáles a grítos, o lo escribíamos en la pláya con grándes létras o hacíamos dibújos en la aréna. Si el viénto y la mar estában tranquilos, se aproximában un póco más, y podíamos hablár.

Éra en éstos cásos cuando se podía conversár, que se pedían ótras mercancías ménos necesárias, péro más personáles y que necesitában úna aclaración especiál. Típicamente éra pára encargár algún utensílio de cocína, de decoración o vestiménta personalizádo. Y éra aquí, áunq ue parézca increíble en donde algún momento de simpatía, rísa y comprensión emanába tánto de los comerciántes como de los lepróso s, en especiál cuando tánto hómbr es como mujéres recibían la vestiménta que habían pedído. De lo que habían encargádo a lo que recibían, los separába, un univérso. A pesár de que las mujéres pedían que fuésen mujéres las que comprásen los vestídos y los ótros utensílios encargádos, viéndo el resultádo parecía que los hubiéses comprádo un móno. La rísa por páрте de tódos al mostrár alguna

vestiméнта no muy aceptáda, hacía que por la pláya se arrodillásen a llorár y del bárco hásta el cocinéro salía a divertírse.

Cuando tódo éste el lárgo procéso de cómpra-venta acabába, se despedían, indicándonos aproximádamente cuando volverían.

\* \* \*

Un caso contrário núnca resuélto éra cuando lo pedído éra réalmente personal: enviár o recibír mensájes a los familiáres, amígos, negócios u ótras cósas difíciles de catalogár y hásta de explicár. Ésto necesitaría discreción, respéto, cercanía al lepróso y tiémpo por páрте de algúno maríno, pero ningúno estába dispuéstos a éllo a pesar de la promésa de un págo muy elevádo ya que representába un contácto más cercáno con los lepróso y úna capacidád humana pára resolvér el próblema, tal vez hásta perdér su trabájo como maríno, o sea múcho más que símplemente llevár mercancías.

Un capitán, se dió cuéнта que éran múchos los habitántes de la ísla que necesitan éso servicios personáles y especiáles, y que núnca se habían sabído satisfacér. Él siémpre decía que cuando había génte, con un deséo, un próblema o

una necesidad, esa era una gran oportunidad para hacer negocio. Como no tenía entre su tripulación nadie con capacidad para afrontar a los leprosos cara a cara y saber cómo lidiar con la complicadísima gama de solicitudes de ayuda que le pedirían, recordó a un amigo que trabajaba en la tienda de su padre, tienda en la que ellos los mercaderes compraban regularmente mercancías para los leprosos y que siempre le había comentado su interés, cuando (tuviese tiempo) de acompañarlo a la Isla de los Leprosos.

Sabía que este joven, durante bastante tiempo había ayudado a un famoso «Trasmisor de mensajes» a resolver muchos problemas de carácter humano que se les presentaban. Después de la muerte de este Trasmisor, el joven había durante algún tiempo continuado ejerciendo como tal, pero por algún motivo había dejado ese oficio.

El capitán no solamente conocía a esta persona por su tienda, sino que algunas veces había realizado viajes en su barco, cuando deseaban hacer compras importantes en puertos lejanos y que requería a un especialista en lo que tendrían que adquirir.

En los largos viájes, éste jóven le había explicádo la cantidad de historias apasionántes de las que súfre y disfrúta un Trasmisór. Péro con lo que más se había deleitádo el capitán éra escuchár la lárga historia de su maéstro, el verdadéro «[Trasmisór de mensájes](#)», de lo que el jóven había sído (según él) sólo un aprendiz.

Con éste pensamiéto, planeó que al volvér a puérto, pasaría a visitárle pára ver si le podía interesár úna propuésta tan humana pára el jóven, tan esperáda por los leprósos y tan económica pára él.

\* \* \*

Miéntras la ísla tuviése tántas pérlas y éellos tánto miédo a venír a pescárlas en nuéstras cóstas, las medicínas, provisiónes y algúnos capríchos, los teníamos asegurádos. El résto de las cósas mundánas que necesitábamos nos resultában muy cáras y no éra náda fácil el conseguírlas.

\* \* \*

Péro su última visíta, no fué así.

Ésta vez, los comerciántes se presentáron con úna náve de más, con vários personájes armádos

hásta los diéntes. La apariéncia de éstos últimos, distába múcho de los habituáles que venían a comerciár.

Corrímos a por nuéstras ármás, que hacía múcho tiémpo habíamos por seguridád comprádo y que muy póco habíamos usádo ya que si bién la pésca éra muy abundánte en nuéstra ísla, no así la cáza, sálvo algúnas áves.

Al ver nuéstra reacción y aconsejádos por los comerciántes habituáles que nos visitában, dejáron las ármás en el fónodo de su náve. Y nos mostráron lo que a la ísla les llevába y que querían vendér... úna mujér.

Y qué mujér nos ofrecían, jóven, vestída símplesmente con úna preciósá báta blánca, digna, elegánte y con la miráda al frénte.

Su jéfe nos la ofreció en médio de las rísas de sus compañéros, por el valór de un cázo, no de pérlas, síno, por el símbolo que nos hiciéron de un cristál Querían un cázo lléno de piédras preciósas, rubís y esmeráldas que éra la mercancía de más valór que teníamos y que sólo utilizábamos en cásos muy contádos y especiáles.

Las mujéres que en ése mométo estában en la pláya se retiráron al comprendér lo que íba a

pasár. Únas por vergüenza a presenciár algo tan inhumáno y desagradáble. Ótras por no poderlo impedir, ótras por pensár que habiéndo úna mujér nuéva, los hómbrés las dejarían de presionár, y úna de múcho valór le dió úna gran bofetáda ántes de retirárse, a úno de los que mostrában gran interés por la oférta.

La discusión se inició en la pláya, las piédras las teníamos, péro no tódos estában de acuérdo en hacér la cómpra. Nuéstra ísla éra ya «la ísla maldíta», ¿deseábamos además que fuése la que compráse mujéres no leprósas pára nuéstro deléite?

Al ver la dúda, éntre rísas desnudáron a la muchácha, y élla permaneció segura, fiéra, erguída como úna estátua.

El grúpo de los ménos enférmos, que éran los que más piédras extraían, dijéron que íban a aceptár la oférta, péro el résto, que no estába de acuérdo con la cómpra, si bién no tenían derécho o autoridád pára impedirlo, planteáron que no debían aceptár un précio tan elevádo, áunque la mujér lo valiése y éellos lo pudiésen pagár.

Los comerciántes y los traficántes de esclávos no sabían que las piédras también éran bastánte abundántes en la ísla si bién por nuéstros



problemas físicos, muy difíciles de extraer. Pero no deberíamos hacer una muestra muy evidente de ello, ya que por esa riqueza sí que podrían decidir invadir la isla. ¿Y a dónde iríamos nosotros?, dónde encontraríamos otra isla con perlas que nos mantuviese vivos dentro de la enfermedad.

Dibujaron la contraoferta sobre la arena: cinco esmeraldas, dos cuencos de perlas y una caja de madreperlas, unidades y medidas que en la isla ya las tenían muy claras y ellos también.

Desde las naves redujeron su propuesta a diez cristales y nosotros dibujamos siete en la playa.

El truco fue aceptado, pero los traficantes no se confiaron, exigieron el pago por adelantado. Ellos escogerían siete piedras de un lote que les presentaríamos.

Un marino de mucho coraje, para asegurar la cantidad y calidad del pago, se acercó a la playa. Durante el tiempo que se tarda en recibir las piedras, seleccionar las mejores, el girarse y mostrarlas a los demás, ya se había tragado una perla del lote... ¡qué elemento!, pero no dijimos nada, su valor merecía un premio, y nosotros no queríamos crear problemas. No, no nos tenía asco, se había tragado algo que nosotros habíamos tocado. Reímos de su habilidad.

Úna vez tódo recibído y comprobádo por el résto de traficántes, se guardáron las piédras y les diéron las pérlas y madrepérlas a los comerciántes por los servicios prestádos.

El mismo personáje volvió con la mujer y la dejó de pié en la orílla sin permitír que nádie se acercára a élla hásta que él partió.

Qué cósa tan perfécta e indefénsa se veía en la pláya.

Se acercáron tódos, los priméros, los que habían pagádo, ya peleándose por élla ántes de haberse aproximádo.

—Estóy hambriénta, sediénta y cansáda —  
Gritó ¡Quiéro lavárme! Llevádme a algún sítio en donde puéda descansár. A partír de mañána aceptaré por compañía, cáda nóche a úno de vosótro. No necesitáis forzárame.

Tódo el múndo paró en séco. ¡Qué preséncia, qué autoridád!

Se abrió páso éntre los hómbrés, que no se atreviéron a detenér-la y caminó hásta el pobládo en donde las mujéres la aguardában.

Los traficántes ahóra sin reír, alzáron vélas y se largáron.

Y cumplió lo prometido. Cada día se acercaba a su choza un hombre diferente y ella cada noche hablaba con ellos, les contaba cuentos, de los que se acordaba de cuando era pequeña o que se inventaba, luego les escuchaba y sus humanas historias era lo más doloroso que tenía que sufrir durante la noche, pero aprendió mucho de ellos. Les preparaba comida, lavaba y curaba y cuando al amanecer él partía de su cabáña, ella se levantaba, se acercaba al mar a lavarse y llorar bajo el agua para que así nadie lo notara. Una noche en lugar de un hombre se presentó una mujer y al abrírle le dijo que sólo deseaba un poco de cariño, y ambas abrazadas hablaron hasta el alba.

Nunca dijo no, nunca gritó, jamás se quejó.

Una vez un hombre le dijo lo mucho que odiaba lo que hacía. Que nunca en la vida se perdonaría la humillación que le hacían sufrir y que ni siquiera tenían la excusa de pagárle para no tener remordimientos.

Únos días después, una noche nadie vino y luego en todo un mes, sólo uno se presentó.

Los encuentros para que sorteando, pagando, luchando o renegando se decidiese quién era el

afortunádo en compartír ésa nóche con élla, ya no se hacían. Nádie quería forzár a ésa mujér que tan bién los tratába y que había ganádo su respéto.

Y élla se dedicó a hacér lo que las ótras mujéres hacían en la ísla, y además por sus estúdios, enseñába a los niños y al que quisiéra aprendér a leér, escribír y hásta cosér.

Ayudó a tódos en lo que podía, los quería y le gustában, y sorprendétemente hásta compartía el desprécio por un ser misterióso, a quién tódos odiában, por habér dejádo que su amánte no leprósa y enfermízamente enamoráda de él, y a la que él no quería, le hubiése permitido venir a la ísla a cuidár de él. Tódos le llamában [El Canálla](#)

\* \* \*

Un día apareció embarrancádo en la pláya un pequeño veléro, con su tripulánte muérto por hámbré y sed. Segúramente un pescadór del continénte o úno de los comerciántes.

Habiéndo sufrído la pérdida de [Haméd](#), tódos entendiéron que éra el mométo y la oportuniádad pára que élla partiéra.

Éntre tódos reparáron el bóte y los que en su tiémpo fuéron navegántes o pescadóres le fuéron

enseñando a Nára el arte de la vela. Viendo ayudar en la obra a algunos sin piernas o manos, con las hachas y otras herramientas atadas a lo que quedaba de sus brazos, fue el único momento en que se observó llorar a Nára.

Y cuando ella estuvo lista, esperaron el viento propicio y le llenaron la barca de agua y comida, y sus bolsillos de dinero, rubís, perlas y esmeraldas.

Se despidió de todos ellos con un abrazo a cada uno.

*Nára llegó a la isla joven, bella y pobre. Salió sabia, rica, envejecida, leprosa y en estado de buena esperanza.*

\* \* \*

Tiempo después apareció por la isla una nave, con un médico y su esposa, una maestra, que Nára había contratado con todo el tesoro que le habían dado. Traían además de muchas cosas útiles, un naranjo para plantar cerca de la tumba de Haméd, su amado.

\* \* \*

[A partir de aquí se cuenta el regreso de Nára, sus venturas y desventuras y cómo intentará cumplir con sus máximos deseos.](#)

\* \* \*